

LA HOJA

PARROQUIAL



Domingo XII después de Pentecostés

**Sea vuestra caridad
activa, mortificada,
con fodos ejecutada
y con generosidad.**



Parábola del buen Samaritano

ramente interna o de palabra; sino que fué acompañada de obras, haciendo cuanto pudo para remediar al prójimo en su necesidad.

No fué tampoco comodona, como la de muchos que hacen el bien cuando poco o nada que ta hacerle, pero no se deciden a ello cuando les ha de costar notables molestias. Este se molestó, acercándose al herido, curándole, poniéndole sobre su jumento y yendo él a pie.

No se limitaba la caridad de este samaritano a sus parientes, amigos o paisanos; sino que la ejerció con un judío, siendo así que estos eran enemigos de los samaritanos.

Por fin, fué una caridad verdaderamente generosa; pues no re-

paró en gastos ni hizo la cosa a medias, previniendo también para que nada le faltara durante su ausencia.

«Ve y haz tú lo mismo», dijo el Divino Maestro al doctor de la Ley que le había interrogado. Y eso mismo dice a cada uno de nosotros.

En el Evangelio de hoy nos relata el Divino Maestro la parábola del Samaritano. «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron y, después de haberle herido, le dejaron medio muerto. Aconteció que pasaba por el mismo camino un sacerdote, y cuando le vió, pasó de largo; y así mismo un levita, llegando cerca de aquel lugar y viéndole, pasó también de largo. Mas un samaritano, que iba de camino, le llegó cerca de él y, cuando le vió, se movió a compasión. Y acercándose, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su jumento, le llevó a una venta y tuvo cuidado de él. Y otro día sacó

dos denarios y los dio al mesonero, y le dijo: Cuidamele, y cuanto gastares de más yo te lo pagaré cuando vuelva». Etc. (Luc., X, 23-37).

Este modelo de caridad nos pone Jesucristo; y en verdad que lo es.

Su caridad no fué sólo una compasión me-



Lo que ha de obrar el cristiano

¿Cómo sabrá (el cristiano) lo que ha de obrar?

—Sabiendo los Mandamientos de la Ley de Dios, los de la Santa Madre Iglesia y las Obras de Misericordia.

—¿Tiene libertad el hombre para hacer lo que quiera?

—Tiene libertad física, en cuanto que puede hacerlo; pero no tiene libertad moral, en cuanto que Dios le ha dado ciertas leyes que, si las traspasa, peca y merece su castigo.

—¿Por qué Dios ha dado leyes al hombre?

—Porque, si las dió a todas las creaturas, no podía dejar sin ellas a la más noble de este mundo visible. Ello es necesario para que el hombre reconozca su dependencia de Dios y también para provecho propio, pues el dejarle a su albedrío sería su perdición.

—¿Luego Dios ha dado leyes al hombre desde su principio?

—Sí, le dió la Ley Natural.

—¿Qué es la Ley Natural?

—Es un conjunto de preceptos impresos en el espíritu de todo hombre como el de no robar, no matar etc. De aquí es que un niño o un salvaje, cuando ejecutan alguna de estas cosas, sienten remordimiento, aunque nunca hayan oído hablar de ley alguna.

—¿Qué ocurrió con esta Ley Natural?

—Que se fué obscureciendo bastante por los pecados y costumbres depravadas de los hombres.

—¿Qué hizo Dios entonces?

—Dió a Moisés el Decálogo escrito en tablas de piedra, para esclarecer y preservar de corrupción la Ley Natural.

—Este Decálogo ¿obliga a los cristianos?

—Sí; porque Jesucristo no vino a destruir la Ley, sino a perfeccionarla, y él intimó en varias ocasiones el cumplimiento de estos Mandamientos.

—¿Cómo perfeccionó Jesucristo la Ley?

—Principalmente haciéndola consistir en el amor de Dios y del prójimo, añadiendo saludables consejos e intimando las Obras de Misericordia.

—¿Estamos obligados también a cumplir los Mandamientos de la Iglesia?

—Sí; porque Jesucristo dijo, refiriéndose a las Autoridades de la Iglesia: *El que a vosotros oye, a mí me oye; el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia.* Además, los Mandamientos de la Iglesia son aplicación práctica de los de Dios.

—¿Qué otras leyes hemos de guardar también?

—Las de las Autoridades civiles, pues toda potestad viene de Dios. Mas no así cuando manden cosas opuestas a lo que Dios o su Iglesia mandan; pues hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

—¿Qué más obras buenas ha de procurar el cristiano ejecutar?

—Las de todas las virtudes y particularmente las que se contienen en las ocho Bienaventuranzas.

Ejemplo

En una Misión fué un salvaje a pedir un poco de harina. Se la dieron en una escudilla y, al desocuparla, vió el salvaje que había en el fondo una moneda. A la mañana siguiente, volvió a la Misión y dijo al Padre:

—Padre, he hallado esta moneda en la escudilla. Siento dos hombres en mí, uno bueno y otro malo. Estos dos hombres han estado peleándose durante toda la noche. El hombre bueno me decía: —El dinero no es tuyo; devuélvelo a su amo. El malo replicaba: —Como el Misionero te lo dió todo, también el dinero; vete a comprar con ello un poco de aguardiente. Mas, como no podía sosegar, aquí le vuelvo la moneda.

Ya se vé como todos tenemos una conciencia que nos remuerde, prueba de una Ley que Dios imprimió en nuestro corazón. Esta ley y todas las demás, que en ella se fundan más o menos remotamente, hay que cumplirlas, so pena de ser desgraciados en esta vida y en la otra.

El martes obliga la abstinencia de carnes y el ayuno, aun teniendo la Bula.

La eficacia del Padrenuestro

—Perico, hoy no tenemos nada.

—¿Ni un poco de harina para ponerla en agua caliente?

—Nada, hijo mío. Muerto tu padre que lo ganaba, con la nevada de ayer no pude ingeniarme para ver si llevaba a casa algunos centavos, y hoy no tenemos nada. Cuando vayas a la escuela entra un momento en la iglesia y pide al Padre que está en los cielos que no nos deje morir de hambre.

El muchacho, en ayunas, se fué a la escuela, y al pasar junto a la iglesia, entró en ella; y cómo no vió a nadie, no tuvo inconveniente en rezar en alta voz diciendo:

«Padre nuestro que estás en los cielos; somos cuatro hermanos y nuestra madre, y hoy



no tenemos qué comer. Tú, que eres rico, y poderoso, y bueno, haz que al llegar yo a casa al medio día, podamos comer alguna cosa».

Hecha su oración, Perico se marchó a la escuela. Al llegar a casa al medio día, Perico se puso a saltar de alegría al ver que en la mesa había un pan de nueve libras, una cesta con huevos y junto a la mesa un saco de harina.

—¡Ya sé que es! Es el padre celestial, que ha hecho lo que yo le he pedido. ¿Verdad que todo esto lo han traído por la ventana? Pues lo ha traído un ángel.

—Sí, sí; hijito mío; Dios ha escuchado tu oración. No ha sido un ángel precisamente. Dios se ha valido de la señora del alcalde. Estaba limpiando el camarín de la Virgen, y como tú al rezar lo hacías en voz alta, la buena señora ha oído lo que decías, y el Padre celestial ha tocado su corazón para que nos trajese todo esto. El mensajero de Dios ha sido la caritativa señora.

La Asunción

Al Cielo váis, señora,
allá os reciben con alegre canto;
¡oh, quién pudiera ahora
asirse a vuestro manto
para subir con Vos al monte santo!

De ángeles sois llevada,
de quien servida sois desde la cuna,
de estrellas coronada
cual Reina habrá ninguna,
pues por chapín lleváis la blanca luna.
Volved los limpios ojos,
ave preciosa, sola humilde y nueva,
al val de los abrojos,
que tales flores lleva,
do suspirando están los hijos de Eva.

Que si con clara vista
miráis las tristes almas de este suelo,
con propiedad no vista
las subiréis de vuelo
para gozar con vos allá en el Cielo.

FRAY LUIS DE LEÓN

El miércoles, fiesta de la Asunción de María Santísima, obliga bajo pecado mortal oír misa y no trabajar

Recomendación

Preguntaba, en cierta ocasión, una penitente a su confesor qué podía hacer en obsequio a la Santísima Virgen. Y el confesor le preguntó:

—¿Lleva usted el escapulario del Carmen?

—No, señor; tengo miedo de que se me vea, porque como andamos así...

—Pues mire usted, para que no se le vea, suba el escote y con esto practicará tres virtudes, la modestia, la devoción a la Santísima Virgen y la obediencia al Sumo Pontífice.

¿De quién te fías?

Un día dos incrédulos, el marqués de Argens y el presidente Eguiles, se reían de su hermano beato. Pero, al separarse, dijo el marqués:

—Sin embargo, si yo tuviese que confiar a alguno mi dinero, se lo daría a mi hermano y no a tí.

ERRATA.— En el número anterior, en el chiste titulado: «El reconocimiento de sexos», donde dice «monas» debe decir «moscas».



Cultos.—Continúa la novena a S. Roque, a la hora del rosario, 7 de la tarde. El miércoles, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, misas como los domingos, a las 6, 7, 8, 9, 9 y media y 11.

Indulgencias.—Tienen plenaria los Terciarios hoy domingo, el martes, el miércoles, el sábado y el domingo próximo; y absolución general, hoy domingo y el miércoles.

Catecismo.—Le habrá el miércoles, por ser fiesta de precepto, a la misma hora de los domingos: diez y media para los niños y once para las niñas.

Bautizados.—El día 4, María del Pilar Argüelles González, nacida el 28 de julio, Fozaneldi; y José Manuel González Fernández, nacido el 24 de julio, Otero. El día 5, María Josefa García Suárez, nacida el 22 de julio, Calleja de la Ciega, 11.

Dios los haga buenos cristianos.

Casados.—El día 4, don Luis Villanueva Prado, de S. Isidoro el Real, con doña Beatriz Arias González, de esta.

Enhorabuena y para servir a Dios.

Al Cielo.—En Azcárraga, 38, el día 31 del pasado, voló al cielo el alma del niño de dos años y medio de edad, José Valdeón Méndez; y en Postigo Alto, 14, el día 4 de este, la niña de 4 años, María Teresa Martínez Hoyos. Esta se asoció.

Acompañamos a los padres de ambos en el natural sentimiento.

LAS FIESTAS DEL DIABLO

Así se pueden titular en verdad nuestras fiestas, según se guardan hoy por la generalidad de los cristianos. Entre nosotros casi todos estamos bautizados, lo que supone que hemos renunciado a Satanás y prometido seguir a Cristo. Lo mismo hemos jurado solemnemente en el día de la primera Comunión. Pero después ¡cuán al revés lo hacemos!

Jesucristo y su Iglesia nos mandan consagrar siquiera los domingos y demás días de

fiesta a honrar a Dios. El demonio, por el contrario, nos incita a emplear esos días en satisfacer nuestros apetitos, en toda clase de diversiones y pecados. Y nosotros caemos en la tentación, nos olvidamos de todas las promesas que hicimos, no queremos pensar en la cuenta que Dios nos ha de pedir, y prácticamente dedicamos las fiestas al diablo, en vez de dedicarlas a Dios. No las santificamos, sino que las «diabolizamos».

Hace el demonio, dice un autor sagrado, lo que hizo Apolonio, general del cruel rey Antíoco de Siria; el cual se sostuvo tranquilo en Jerusalem con sus ventidós mil hombres toda la semana, y llegado el sábado lo pasó todo a cuchillo. El demonio se está quedando toda la semana, y en llegando el domingo conduce a todos los pecados: a la vanidad en los vestidos lujosos, al juego y al baile, a las visitas peligrosas, a las comilonas y embriagueces.

El descanso dominical es una de las reivindicaciones que con más afán reclaman todas las clases sociales. Pero ¿para qué? ¿Para emplear el día en alabar a Dios y nutrir el espíritu de las enseñanzas cristianas y de las gracias celestiales? Nada de esto. La mayor parte de los que tanto se afanan por tener libre ese día ni siquiera oyen la santa Misa; no tienen otro afán que el de pasar el día alegremente, engolfados en las diversiones, en las reuniones peligrosas, en las lecturas malsanas y ¡quién sabe si hasta en los vicios más repugnantes!

¿Qué se lee en los periódicos al día siguiente de las fiestas? Campos de fútbol, bailes, cines y teatros abarrotados de público aquí; borracheras allí; crímenes más adelante... y lo que se calla por vergüenza pública. Actos religiosos, también pero ¡que escasos son los públicos asistentes a ellos, en comparación de los otros!

De todo ello se saca en consecuencia que de las fiestas sale mucho más ganancioso el diablo que Dios, y que sería mucho mejor que los que tan mal las emplean fuesen a trabajar.

¿Y que hemos de esperar de Dios, más que castigos en esta vida y en la otra, con lo mal que nos portamos con él?